

**EXPERIENCIA ESTÉTICA, CORPORALIDAD Y PRODUCCIÓN DE LO COMÚN EN
CONTEXTOS DE MEDIACIÓN DIGITAL¹**

*AESTHETIC EXPERIENCE, EMBODIMENT, AND THE PRODUCTION OF THE COMMON
IN CONTEXTS OF DIGITAL MEDIATION*

Jorge García, Paola Hernández, Giuliana Pino, Isabel Barcellona,
Ariadna Lescano y Lautaro Olivares²

Recepción 29/06/2026 - Aceptación 17/09/2026

RESUMEN

El presente artículo analiza la relación entre experiencia estética, corporalidad y lazo social en contextos contemporáneos atravesados por procesos crecientes de mediación digital. A partir de un análisis cualitativo de experiencias de baile comunitario y de los aportes teóricos de Denise Najmanovich y Jacques Rancière, se examinan las dimensiones corporales, sensibles, vinculares y espaciales que emergen de esta práctica. El análisis muestra que la articulación de estas dimensiones favorece formas de pertenencia, reapropiación del espacio público y producción de lo común. Sobre la base de estos hallazgos, se propone la categoría de Prácticas Preventivas en Salud Mental (PPSM) como una herramienta conceptual para comprender experiencias comunitarias cuyos efectos sobre el bienestar psíquico emergen de la propia práctica y no de intervenciones terapéuticas previamente diseñadas.

Palabras clave: baile comunitario; salud mental; experiencia estética; corporalidad; producción de lo común; espacio público.

ABSTRACT

This article examines the relationship between aesthetic experience, embodiment, and social bonds in contemporary contexts increasingly shaped by digital mediation. Based on a qualitative analysis of community dance experiences and the theoretical contributions of Denise Najmanovich and Jacques Rancière, it explores the bodily, affective, relational, and spatial dimensions that emerge through this practice. The findings show that the ar-

1 El presente artículo presenta resultados parciales del proyecto de investigación "La experiencia estética de la danza-baile y su impacto en la salud mental: un estudio sobre el cuerpo entramado y la reconfiguración de la trama social en San Juan", correspondiente a la Convocatoria de Investigación 2025-2026 de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad de Congreso (San Juan, Argentina).

2 Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad de Congreso, Sede San Juan, Argentina. Contacto: jorge310@profesores.ucongreso.edu.ar

ticulation of these dimensions fosters forms of belonging, the reappropriation of public space, and the production of the common. Building on these findings, the article proposes the concept of Preventive Mental Health Practices (PMHP) as a conceptual framework for understanding community experiences whose contributions to psychological well-being emerge from the practice itself rather than from previously designed therapeutic interventions.

Keywords: community dance; mental health; aesthetic experience; embodiment; production of the common; public space.

“El cuerpo no es solo el territorio propio sino el lugar de encuentro”.

Denise Najmanovich (2001)

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, las formas de vinculación social han atravesado transformaciones significativas en el marco de procesos crecientes de mediación digital de la experiencia. El crecimiento en términos de dispositivos, plataformas y entornos virtuales ha reconfigurado no solo los modos de interacción, sino también las condiciones de presencia, atención y percepción de las personas. En este escenario, la vida cotidiana parece organizarse cada vez más a partir de ritmos fragmentados y formas de contacto que, aunque constantes, no siempre implican formas de presencia compartida. Estas transformaciones tienen importantes efectos sobre la experiencia corporal y la configuración del lazo social.

Desde esta perspectiva, el presente artículo analiza la experiencia del baile comunitario como práctica estética y relacional que permite interrogar dichas transformaciones. Lejos de abordarlo como actividad recreativa o como dispositivo terapéutico, se lo entiende como un espacio de encuentro en el que el cuerpo, los otros y el espacio público configuran una experiencia sensible de lo común.

El interés de este trabajo, siempre abierto y preliminar, consiste en pensar qué formas de vínculo emergen cuando la presencia corporal recupera centralidad en este tipo de contextos. En esta dirección, el baile comunitario permite explorar formas en las que la práctica del baile adquiere una dimensión social capaz de fortalecer el encuentro y el sentido de pertenencia.

A partir de la noción de *cuerpo entramado*, se propone comprender la subjetividad no como entidad aislada, sino como un proceso que emerge de la interacción entre los cuerpos y el entorno. Para ello, se analizan

experiencias recogidas en contextos de baile comunitario.

A partir de este análisis, el trabajo propone explorar la posibilidad de comprender ciertas prácticas comunitarias no terapéuticas como Prácticas Preventivas en Salud Mental (PPSM): experiencias colectivas en las que el bienestar no emerge de una intervención clínica planificada, sino de la producción compartida de vínculos, presencia corporal y pertenencia.

La hipótesis que orienta este trabajo sostiene que este tipo de práctica es capaz de reconfigurar momentáneamente los vínculos, fortalecer formas de presencia compartida y favorecer la producción de lo común.

1. EL CUERPO COMO ENTRAMADO RELACIONAL Y EXPERIENCIA ESTÉTICA

Este apartado encuentra una guía teórica en el aporte de Denise Najmanovich (2001; 2021). La pensadora, desde una perspectiva de pensamiento complejo y epistemología sistémica, ofrece un abordaje del cuerpo que invita a dejar de concebirlo como una entidad aislada y maquinal, para comprenderlo como entramado relacional. Desde esta perspectiva, el cuerpo mismo deja de ser entendido únicamente como un soporte biológico, para considerarlo, ante todo, como un espacio de interacción con el mundo, constituyéndose a sí mismo en relación con el entorno y con otros cuerpos.

Esta concepción del cuerpo, desarrollada por Najmanovich (2001, p. 3), permite cuestionar su comprensión como una dimensión puramente física y habilita nuevos modos de pensar la corporalidad. A partir de esta perspectiva, proponemos utilizar esta concepción para interpretar los efectos del baile comunitario. Allí el cuerpo no solo se mueve, sino que también se pone en relación, a través de esta práctica, con el entorno y con los otros, abriendo experiencias que exceden la lógica funcional de la vida cotidiana.

A partir de esta concepción relacional, proponemos comprender el cuerpo también como un “puente de sentido”, en tanto el baile constituye un lenguaje mediante el cual los cuerpos se expresan, se reconocen y entran en relación unos con otros. La experiencia estética del baile comunitario produce un tipo de vínculo que va más allá de la vivencia individual y que, además, por su carácter improvisado y espontáneo, genera códigos particulares, propios de la complicidad del momento. En estos acontecimientos aparecen formas de encuentro compartidas que difícilmente podrían construirse desde la experiencia aislada.

Del mismo modo en que el cuerpo deja de concebirse como una entidad aislada e individual, la salud mental puede pensarse desde una perspectiva relacional. Problemas contemporáneos como la ansiedad, el agotamiento o ciertas experiencias de aislamiento pueden comprenderse en relación con el debilitamiento de las conexiones significativas que sostienen la vida en común.

Si Najmanovich permite pensar el cuerpo como entramado relacional, Jacques Rancière ofrece herramientas para comprender la dimensión estética de esa experiencia. En *El espectador emancipado*, Rancière (2010) cuestiona la separación tradicional entre quien produce arte y quien lo contempla, así como la idea de un espectador pasivo. A partir de esta perspectiva, podemos pensar que, en la experiencia del baile comunitario, los participantes no solo bailan: mientras lo hacen, interpretan lo que ocurre, se relacionan con los otros y producen sentido desde la propia experiencia corporal.

En el baile entendido como experiencia estética, la frontera entre sujeto y objeto se desdibuja, como también lo hace la línea que separa a quien crea y a quien participa de esa creación. En este punto del análisis resulta fructífero recuperar otra idea de Rancière (2009): el reparto de lo sensible. Para el autor, las prácticas artísticas poseen una dimensión política en tanto reconfi-

guran aquello que puede ser visto, sentido y compartido. A partir de esta perspectiva, proponemos pensar que el baile en espacios públicos introduce nuevas formas de presencia colectiva y altera los modos habituales de habitar el espacio común, apropiándose de lugares como plazas o explanadas de edificios que, en principio, no fueron concebidos para este tipo de prácticas.

2. EL BAILE COMUNITARIO Y SU DIFERENCIA FRENTE A LAS PRÁCTICAS TERAPÉUTICAS

La distinción entre danza como práctica comunitaria y danza como intervención terapéutica permite profundizar este análisis. La Danza Movimiento Terapia, tal como es abordada por Fux (1998) y Córdoba Arévalo y Vallejo Samudio (2013), constituye un enfoque estructurado, conducido por profesionales y orientado a objetivos terapéuticos definidos. En contraste, el baile comunitario, tal como lo abordamos en este trabajo, no responde a protocolos ni dispositivos preestablecidos, sino que emerge de la participación abierta y del acuerdo implícito entre quienes comparten el espacio.

Esta diferencia permite pensar estas experiencias como prácticas preventivas en relación con la salud mental, entendidas como formas de participación en las que las personas se implican activamente en el acontecimiento, produciendo transformaciones en las formas de sentir, habitar el cuerpo y establecer vínculos. Esta categoría será desarrollada posteriormente a partir del análisis de las experiencias y relatos de los participantes.

Uno de los rasgos que distingue al baile comunitario es su carácter abierto e improvisado, en contraste con prácticas organizadas a partir de protocolos y acciones normativizadas. No selecciona participantes, no persigue objetivos terapéuticos explícitos y se desarrolla en espacios públicos que no fueron diseñados específicamente para esta práctica. Su sentido no está defi-

nido de antemano, sino que se construye en la experiencia compartida.

Esta forma de comprender el baile comunitario nos lleva a cuestionar aquellas miradas que separan mente y cuerpo como dimensiones independientes. Desde esta perspectiva, el baile articula lo físico, lo afectivo y lo vincular en una misma dinámica, mostrando que el cuerpo no solo expresa emociones y pensamientos, sino que también interviene en la manera en que la experiencia se construye y adquiere sentido.

En este marco, la salud mental no puede reducirse exclusivamente a procesos individuales, sino que se relaciona con la posibilidad de establecer vínculos sensibles y participar de espacios compartidos de pertenencia.

Las secciones siguientes profundizan esta hipótesis a partir del análisis de experiencias vinculadas a prácticas de baile comunitario, atendiendo a las formas en que los participantes narran y significan sus vivencias corporales, vinculares y espaciales.

3. EXPERIENCIA SENSIBLE Y PRODUCCIÓN DE LO COMÚN EN EL BAILE COMUNITARIO

Esta sección se orienta a explorar cómo la experiencia del baile es vivida y significada por quienes participan de estas prácticas. Más que describir la actividad en sí misma, el análisis busca indagar las formas en que el cuerpo, el vínculo con los otros y la percepción del espacio se configuran en la experiencia compartida.

El análisis está dividido y ordenado en los siguientes registros y dimensiones. Cuerpo (Registro fenomenológico). Sensibilidad (Registro hermenéutico). Vínculo (Registro relacional / socio-relacional). Espacio público (Registro estético-político).

3.1. El cuerpo en la experiencia: sensaciones y percepción

En la experiencia del baile comunitario, algo parece transformarse en la manera de habitar el propio cuerpo. La práctica compartida de la danza produce una especie de expansión: un ensanchamiento de un espacio corporal que, en otros ámbitos de la vida cotidiana, suele quedar reducido a la utilidad productiva o a la mera existencia.

A partir de lo observado en estas experiencias, podemos repensar el cuerpo como un territorio en sí mismo, vivo y activo de su propia experiencia, que no busca entonces dominar un movimiento ni controlar un estímulo, sino sostener lo que está ocurriendo en su interior. Es en este espacio donde el cuerpo deja de ser una simple herramienta para el trabajo o la rutina y se convierte en un lugar de manifestación.

Al bailar en comunidad, se activa una forma de conocimiento encarnado donde el simple hecho de moverse es una manera de conectar profundamente con todo el mundo físico. Esta conexión no es puramente anatómica, es también un puente directo hacia el mundo afectivo que permite habitar y procesar lo que se siente en tiempo real; las emociones dejan de ser abstracciones mentales para encarnarse en el movimiento, transformando la danza en un acto vivo donde el sujeto expone de manera genuina cómo se siente, haciéndolo visible a través de la piel y el gesto.

Esta inmersión corporal parece producir un quiebre temporal con el entorno. Antes de empezar a bailar, los participantes suelen llegar con las tensiones acumuladas del día a día; sin embargo, la experiencia genera un espacio en el que la desconexión y la reconexión, entendida esta última como un nuevo comienzo, conviven. Es decir, no se trata necesariamente de una evasión vacía, sino de un retorno a dimensiones de la experiencia corporal que suelen quedar relegadas en la vida cotidiana.

Al habitar el presente del ritmo en comunidad, el diálogo interno de la preocupación parece disminuir y ceder su lugar a la respuesta sensorial y al disfrute del movimiento compartido. Es en este estado de presencia donde surge una experiencia de intensificación afectiva que los participantes describen como “una fuerza que llena el cuerpo de confianza y actitud”. Esta misma fuerza, tal como aparece en los relatos, parece alterar la percepción usual de la identidad.

En los relatos analizados, al momento de bailar, la rigidez de la identidad social cotidiana parece flexibilizarse, permitiendo que el cuerpo experimente nuevas texturas, posturas y libertades que antes parecían menos disponibles. La danza aparece así como una práctica que habilita formas de expresión y movimiento que, en otros contextos, permanecen menos disponibles.

Es así como el cuerpo en comunidad puede convertirse en un vehículo singular para la expresión de experiencias afectivas y sensibles. Al terminar la actividad, los entrevistados describen un estado de bienestar como “algo más que me nutre”, expresión que permite reconocer, en los relatos analizados, la valoración transformadora que los propios participantes atribuyen a este tipo de experiencia.

En este sentido, el baile comunitario no solo moviliza el cuerpo: transforma la manera de habitarlo. Habilita una forma particular de presencia que reconfigura la percepción de sí mismo y abre el paso a nuevas maneras de sentir, significar y habitar la experiencia.

3.2. Dimensión sensible: lenguaje, imágenes y significado

Si en el plano corporal el baile transforma la manera de habitar el propio cuerpo, en el plano sensible modifica también la forma de percibir y significar aquello que rodea la experiencia compartida.

Más que describirse en términos técnicos o funcionales, el baile aparece narrado a través de imágenes, metáforas y expresiones asociadas a experiencias de intensidad, ruptura de la rutina y apertura subjetiva.

Expresiones como “mágico”, “efervescencia”, “libertad” o “perder la noción del tiempo y del lugar”, presentes en los relatos analizados, sugieren que la experiencia del baile excede la dimensión recreativa para configurar modos alternativos de percibir y significar el mundo circundante.

En los relatos analizados, el entorno compartido adquiere una intensidad distinta durante el baile, dejando de percibirse únicamente como fondo cotidiano para convertirse en parte activa de la vivencia sensible. La apropiación colectiva del entorno urbano habilita formas de encuentro corporal y relacional que resignifican momentáneamente espacios atravesados habitualmente por dinámicas de circulación, tránsito y aceleración cotidiana.

La experiencia relatada transforma también la percepción habitual del tiempo, del esfuerzo y de las situaciones cotidianas, modificando los modos de interpretar y valorar aquello que se vive.

La recurrencia de expresiones vinculadas al entusiasmo, la euforia o la sensación de liviandad deja entrever modos de presencia que alteran momentáneamente la experiencia ordinaria del tiempo y del cansancio.

En este sentido, resulta significativo el modo en que algunos relatos describen el baile como una experiencia en la que “el mundo se torna en un espectro distinto” o donde se “pierde la noción del tiempo y del lugar”. Este tipo de formulaciones permiten pensar la experiencia estética del baile comunitario como una suspensión parcial de las coordenadas habituales de la vida cotidiana, habilitando otras formas de percepción del entorno y del vínculo con los otros.

A su vez, las experiencias analizadas muestran que la anticipación del encuentro corporal compartido suele estar asociada a sentimientos de entusiasmo y expectativa. El baile aparece así no solo como actividad recreativa, sino como acontecimiento significativo dentro de la vida cotidiana, capaz de reorganizar afectivamente la experiencia subjetiva y de producir disposiciones distintas frente a la rutina.

Más allá de las singularidades de cada relato, emergen recurrencias significativas vinculadas a la construcción de sentidos compartidos sobre la experiencia, la percepción del entorno y la valoración del encuentro.

Las narrativas recogidas muestran al baile comunitario como una práctica donde emergen modos singulares de percibir y relacionarse frente a experiencias contemporáneas de fragmentación, aislamiento y desvinculación. No se trata únicamente de entretenimiento o expresión corporal, sino de experiencias que habilitan modos alternativos de habitar el espacio compartido.

En un contexto contemporáneo crecientemente atravesado por mediaciones digitales, las experiencias descritas ponen en primer plano dimensiones corporales y relacionales del encuentro que adquieren centralidad en la vivencia de los participantes.

3.3. Copresencia y producción de lo común

Junto con las transformaciones perceptivas y sensibles descritas anteriormente, los relatos permiten advertir la emergencia de formas específicas de reconocimiento, pertenencia, identidad y construcción colectiva.

Uno de los aspectos que aparece con mayor recurrencia es la sensación de seguridad que estos grupos producen frente a la exposición corporal implicada en el baile. La escena pública del movimiento, lejos de vivirse únicamente como vulnerabilidad, se encuentra sostenida por una trama colectiva

que funciona como espacio de protección, acompañamiento y legitimación recíproca. Expresiones vinculadas a la comodidad, el respeto, la confianza o el sentirse “en un lugar seguro” muestran cómo el grupo opera como una forma de regulación afectiva compartida, produciendo experiencias de bienestar colectivo y sostén emocional.

Asimismo, emergen términos que definen al grupo como “familia”, “nosotros”, “amigos” o “parte de algo”. Estas formulaciones permiten advertir la constitución de formas de pertenencia que, en algunos relatos, exceden incluso la lógica tradicional de la amistad. No se trata solamente de afinidades previas, sino de procesos de construcción vincular que se producen en la práctica misma del encuentro corporal compartido.

En este sentido, resulta significativo que, en muchos casos, la entrada al grupo no aparece motivada inicialmente por la búsqueda de vínculos afectivos, sino por el interés en la práctica del baile. Sin embargo, es precisamente ese “hacer juntos” lo que termina configurando modos de relación, reconocimiento y cuidado mutuo. El vínculo no aparece aquí como consecuencia secundaria de la práctica, sino como una dimensión constitutiva de la experiencia.

Desde esta perspectiva, proponemos comprender la experiencia colectiva del baile en términos de copresencia. No simplemente como coincidencia física en un mismo espacio, sino como producción sensible de un estar-con-otros. La copresencia implica una forma de disponibilidad corporal y afectiva donde los cuerpos comparten ritmos, miradas, movimientos y temporalidades comunes. En este proceso, la identidad individual no desaparece, pero se reorganiza momentáneamente dentro de una dinámica colectiva que habilita formas de improvisación, libertad y solidaridad no completamente reguladas por estructuras institucionales.

La experiencia compartida produce así una reconfiguración del lazo social a partir de la

presencia recíproca de los cuerpos. Frente a formas contemporáneas de interacción crecientemente mediadas por pantallas y vínculos virtualizados, estas prácticas intensifican experiencias de copresencia y encuentro corporal, donde el cuerpo del otro deja de ser una imagen distante para convertirse nuevamente en experiencia sensible compartida.

3.4. La resignificación del espacio: experiencia sensible y reapropiación de lo público

El espacio urbano contemporáneo suele organizarse de manera funcional, priorizando la circulación, la productividad, el tránsito, el consumo y, en muchos casos, el aislamiento. En ese marco, el baile-danza comunitario irrumpe —en términos de Jacques Rancière— en el “orden policial” de lo sensible. A partir de esta perspectiva, proponemos pensar esta irrupción como una redistribución de lo sensible que altera las formas habituales de percibir y habitar el espacio público.

Lejos de tratarse de una mera práctica de movimiento, los testimonios relevados muestran que la danza comunitaria altera momentáneamente los usos socialmente establecidos del espacio urbano. El entorno deja de operar exclusivamente bajo lógicas de circulación, tránsito o consumo para convertirse en un lugar de encuentro, visibilidad y participación colectiva.

Puede pensarse este proceso a partir de una serie de movimientos. En primer lugar, aparece una interrupción de la cotidianidad: una desconexión respecto de las dinámicas habituales del aislamiento contemporáneo, muchas veces reforzadas por la mediación constante de lo virtual. Esta salida no es solo física, sino también social, en tanto interrumpe momentáneamente las dinámicas ordinarias de aislamiento y circulación urbana.

En un segundo momento, se produce la irrupción en un espacio que no está social-

mente codificado para este tipo de exposición corporal. En esa irrupción —como ya se ha señalado— se configura una experiencia singular de apropiación del espacio. Expresiones como ‘romper el lugar’ o ‘crear otro centro en el espacio’ permiten advertir una alteración momentánea de los usos habituales del entorno urbano. El espacio deja de ser lo que era para volverse otra cosa.

De este modo, se produce un desplazamiento del espacio físico urbano entendido en términos funcionales hacia un espacio vivido. La plaza, el parque, la explanada o el centro cultural dejan de funcionar exclusivamente como espacios de tránsito para convertirse en escenarios de aparición colectiva, reconocimiento mutuo y producción de lo común.

Un tercer movimiento puede advertirse en la dimensión estético-política de esta transformación. Retomando la perspectiva de Rancière, se trata de una redistribución de lo sensible: aparecen cuerpos y presencias que modifican las formas habituales de habitar lo común. La irrupción de los participantes en el espacio público introduce una alteración en la distribución habitual de lo visible y de los modos legítimos de ocupar el entorno urbano.

En este sentido, el espacio público deja de operar únicamente como soporte material de la práctica para convertirse en una escena de aparición. La presencia de espectadores ocasionales, los aplausos espontáneos y la incorporación progresiva de nuevos participantes muestran cómo estas experiencias generan formas de visibilidad, reconocimiento y reactivación del lazo comunitario.

La transformación del espacio excede incluso a los propios participantes, en tanto produce una modificación momentánea en la función social del entorno. La danza comunitaria no se limita a ocupar un lugar: lo reconfigura, lo resignifica y lo vuelve habitable de otro modo. En ese gesto, el espa-

cio público deja así de operar como mero soporte funcional para convertirse en un territorio momentáneo de encuentro, visibilidad y producción colectiva de sentido.

3.5. Hacia una conceptualización de las Prácticas Preventivas en Salud Mental (PPSM)

Las cuatro dimensiones analizadas en los apartados precedentes permiten reconocer un fenómeno complejo que no queda suficientemente interpretado desde categorías de intervención terapéutica, prevención clínica o promoción de la salud. Lo que sí se puede determinar es que dichas prácticas, que tienen como efecto grados de bienestar en términos de salud mental, emergen sin la necesidad de la intervención de un dispositivo psicológico que las posibilite, sino a partir del encuentro en experiencias corporales, sensibles, vinculares y espaciales compartidas. A este fenómeno, por sus características y siempre en un plano exploratorio, le hemos denominado Prácticas Preventivas en Salud Mental (PPSM).

Siguiendo en este punto a Galende (2012, p.28), quien sostiene que la salud mental constituye un campo transdisciplinario y un objeto complejo que no puede reducirse a categorías exclusivamente médicas o psicológicas, las PPSM pueden considerarse una categoría conceptual para designar acontecimientos colectivos en los que el fortalecimiento de los vínculos, la corporalidad, la presencia compartida y, sobre todo, la producción de lo común generan condiciones favorables para la salud mental.

Las PPSM comparten con la psicología comunitaria la idea de que los procesos de salud no pueden comprenderse al margen de la participación de los propios actores sociales y de los vínculos que estos construyen en su vida cotidiana. Cuando hablamos de actores sociales, retomamos la definición de Maritza Montero (2004, p.80), quien los entiende no como receptores pasivos, sino como sujetos capaces de producir transfor-

maciones en la realidad mediante prácticas de colaboración e intercambio de saberes.

Sin embargo, la categoría de PPSM desplaza el foco desde la intervención profesional hacia la emergencia de prácticas sociales que, aun sin haber sido diseñadas con fines sanitarios o terapéuticos, generan efectos preventivos sobre la salud mental.

En este planteo, lo “preventivo” de estas prácticas no refiere a programas, dispositivos o intervenciones profesionales orientados a disminuir factores de riesgo. El término se utiliza para designar los efectos que estas producen sobre las condiciones de posibilidad en el bienestar psíquico. Lo preventivo no constituye aquí un objetivo previamente fijado por los participantes ni una meta deliberadamente buscada, sino un efecto emergente de la propia práctica.

Es, sobre todo, en la articulación de las cuatro dimensiones desarrolladas donde puede comprenderse el alcance de estas prácticas. Cada una de ellas produce efectos específicos antes de que determinados malestares asociados al aislamiento, la desvinculación o el debilitamiento de la vida en común lleguen a consolidarse. En la dimensión corporal aparece una condición de reconexión con el propio cuerpo; la dimensión sensible reorganiza y revitaliza la experiencia cotidiana del mundo circundante; la dimensión vincular fortalece los lazos con los otros; y la apropiación del espacio público produce formas concretas de construcción de lo común.

Sintetizando lo desarrollado hasta aquí, puede decirse que las PPSM no constituyen una técnica psicológica ni un modelo terapéutico. Se proponen como una categoría conceptual interdisciplinaria destinada a comprender prácticas comunitarias capaces de generar condiciones de posibilidad para la salud mental sin responder a dispositivos profesionales de intervención. Desde esta perspectiva, el baile comunitario constituye el caso empírico que permitió formular esta categoría, cuya utilidad y proyección

podrán explorarse en futuras investigaciones sobre otras experiencias colectivas.

4. CONCLUSIONES. HACIA UNA RECONFIGURACIÓN DEL ENTRAMADO SENSIBLE

El presente trabajo partió de una inquietud simple, aunque significativa: preguntarse qué sucede cuando, en un contexto de creciente mediación digital, los cuerpos vuelven a encontrarse en experiencias como las del baile comunitario. El análisis permitió desplazar la mirada desde el baile entendido como una actividad recreativa hacia la comprensión de una práctica capaz de producir transformaciones vinculadas al bienestar psíquico.

A partir del registro de las experiencias narradas por los propios participantes, el análisis permitió abstraer una serie de dimensiones que emergían de las recurrencias y diferencias presentes en los relatos. Fue posible distinguir cuatro dimensiones analíticas que permitieron avanzar desde la descripción de aspectos particulares hacia una comprensión más amplia del fenómeno.

La dimensión del cuerpo fue abordada desde un registro fenomenológico; la dimensión sensible, desde un registro hermenéutico; la dimensión vincular, desde un registro relacional; y la apropiación del espacio público, desde un registro estético-político.

El recorrido analítico mostró que estas dimensiones no operan de manera aislada. Es precisamente su articulación la que permite comprender cómo determinadas experiencias colectivas reconfiguran los vínculos, resignifican el espacio público, transforman la experiencia sensible y fortalecen formas de presencia compartida. Es el funcionamiento conjunto de estas dimensiones lo que permitió identificar y conceptualizar este fenómeno bajo la categoría de Prácticas Preventivas en Salud Mental (PPSM).

Las PPSM no buscan nombrar un tipo de intervención, sino ofrecer una herramienta

conceptual para comprender experiencias comunitarias cuyos efectos preventivos emergen de la propia práctica y no de dispositivos terapéuticos previamente diseñados. Si bien el baile comunitario constituye el caso empírico que permitió formular esta propuesta, la categoría no pretende agotarse en esta experiencia. Su alcance podrá discutirse y explorarse en futuras investigaciones sobre otras prácticas colectivas que compartan dinámicas similares de producción de vínculos, corporalidad y construcción de lo común.

Frente a ciertos malestares característicos de nuestro tiempo, como el aislamiento, la virtualización de los vínculos o determinadas formas de ansiedad, uno de los aportes más significativos de este tipo de prácticas consiste en recordar que aquello que habitualmente entendemos como bienestar psíquico no se produce únicamente en el interior de los sujetos. También se constituye allí donde los cuerpos se encuentran y comparten, aunque sea de manera momentánea, formas de vida en común. En ese sentido, el bienestar no precede al vínculo: emerge de él.

BIBLIOGRAFÍA

- Córdoba Arévalo, M. I., & Vallejo Samudio, Á. R. (2013). Violencia sexual y empatía: La danza en contextos terapéuticos. *Pensamiento Psicológico*, 11(2), 177–190.
- Fux, M. (1998). *Danzaterapia: Fragmentos de vida*. Lumen.
- Galende, E. (2012). Consideración de la subjetividad en salud mental. *Salud Mental y Comunidad*, (2), 23–29. <https://doi.org/10.18294/smyc.2012.4978>
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria: Desarrollo, conceptos y procesos*. Paidós.
- Najmanovich, D. (2001). Del cuerpo-máquina al cuerpo entramado. *Campo Grupal*, (30).
- Najmanovich, D. (2021). ¿Qué puede un cuerpo? Paisajes y cartografías de los cuerpos deseantes. *El Hormiguero. Psicoanálisis, Infancia/s y Adolescencia/s*, (5).
- Rancière, J. (2009). *El reparto de lo sensible: Estética y política*. Prometeo Libros.
- Rancière, J. (2010). *El espectador emancipado*. Manantial.